





EL ENIGMA  
MONTEFELTRO





MARCELLO SIMONETTA

EL ENIGMA  
MONTEFELTRO

Traducción de Graciela Cutuli

 *Editorial El Ateneo*

Simonetta, Marcello

El enigma Montefeltro / Marcello Simonetta. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos

Aires : El Ateneo, 2019.

304 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Graciela Cutuli.

ISBN 978-950-02-1001-0

1. Divulgación. 2. Historia de Europa. I. Cutuli, Graciela, trad. II. Título.

CDD 940

*El enigma Montefeltro*

©2008 by Marcello Simonetta

Published by arrangement with Agenzia Santachiara. ©2008 RCS Libri S.p.A.,

Milan. ©2017 Rizzoli Libri S.p.A./BUR Rizzoli, Milan. ©2018 Mondadori Libri

S.p.A. /BUR, Milan

Título original: *L'ENIGMA MONTEFELTRO*

Traductora: Graciela Cutuli

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2019

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires – Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elatenio.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: abril de 2019

ISBN 978-950-02-1001-0

Impreso en Grupo ILHSA S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en abril de 2019.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

# Índice

Personajes principales . . . . .	13
Prólogo. . . . .	17

## PRIMERA PARTE

### *Invierno 1476 - Primavera 1478*

1. Muerte en Milán . . . . .	27
2. Obsesivamente cauto . . . . .	47
3. Nada no dicho . . . . .	69
4. Traidores en nombre de Dios. . . . .	87
5. ¡Elimínenlos! . . . . .	117

## SEGUNDA PARTE

### *Primavera 1478 - Verano 1482*

6. Ferocidad en Florencia. . . . .	141
7. Extremas medidas . . . . .	159
8. Libertad en el juego . . . . .	185
9. Tramas en el sur. . . . .	205
10. RIP . . . . .	225

## TERCERA PARTE

### *La Capilla Sixtina y la Primavera de Botticelli*

11. Oráculo sixtino . . . . .	245
-------------------------------	-----

<i>Post scriptum</i> .....	265
Epílogo. El enigma Montesecco: un nuevo descubrimiento sobre la conspiración de los Pazzi .....	271
Fuentes y bibliografía .....	289
Agradecimientos .....	301





*A mi madre, que me dio carne y hueso,  
le dedico esta obra, no de león, sino de zorro.*





*La gente cree que la historia sucede en el largo plazo,  
pero en verdad la historia es algo realmente repentino.*

PHILIP ROTH, *Pastoral americana*

*Breve e irreparable es para todos el tiempo de la vida:  
pero alcanzar la fama con acciones,  
tal es la obra del valor.*

VIRGILIO, *Eneida X*, 467-469



# Personajes principales

Figuras históricas más relevantes, por orden de aparición:

GALEAZZO MARIA SFORZA (1444-1476), hijo de Francesco Sforza, duque de Milán (1401-1466), heredó de su padre su título y sus dominios, pero no estuvo a la altura de la tarea. Según Maquiavelo, era “lúbrico y cruel”, y la lista de sus pecados era más larga que la Biblia. Su asesinato sacudió los equilibrios de poder en Italia y desencadenó la conspiración de Montefeltro.

CICCO SIMONETTA (1410-1480) había nacido en el seno de una modesta familia de Calabria, y fue el secretario y consejero de los Sforza durante casi medio siglo. Aunque el propio Maquiavelo admiró a Cicco, que era, en su opinión, hombre “excelentísimo por su prudencia y su larga experiencia”, su lealtad hacia los Sforza no se vio recompensada.

FEDERICO DA MONTEFELTRO (1422-1482), duque de Urbino, combatió en varias guerras en Italia y fue un afamado *condottiero* y mecenas. El duque poseía un costado brutal, maquiavélico, que permaneció sin embargo largo tiempo oculto.

LORENZO DE MEDICI (1449-1492), llamado “el Magnífico”, era un banquero extremadamente rico, un humanista y un mecenas, cuyo rápido ascenso al poder en Florencia lo convirtió en un objetivo a derribar.

SIXTO IV (1414-1484), nacido Francesco della Rovere, era general de la Orden Franciscana. Una vez convertido en Papa (en 1471), olvidó su voto de humildad y se entregó a la lujuria, el belicismo, el nepotismo y, como demuestra este libro, a urdir letales conspiraciones.

FERRANTE DE ARAGÓN (1430 ?-1494), rey de Nápoles de 1458 a 1494, se convirtió en el hombre más poderoso de Italia a la muerte del duque de Milán. Era conocido por ser implacable con sus enemigos, cuyos cuerpos embalsamados conservaba –según los rumores– en el torreón de su castillo. Lorenzo se apoyó en su intervención para obligar al Papa a anular la excomuniación de Florencia pronunciada tras la conspiración.

GIULIANO DE MEDICI (1453-1478), hermano menor de Lorenzo, conocido por su apostura, era amante de la poesía. Lamentablemente, su prematura muerte le impidió mostrar sus cualidades sobre el escenario político.

SANDRO BOTTICELLI (1445-1510), pintor florentino, trabajó para los Medici durante muchos años. En 1481-1482 fue elegido por el papa Sixto IV para decorar la Capilla Sixtina junto a Perugino, Domenico Ghirlandaio y Cosimo Roselli. Sus pinturas alegóricas son todavía hoy un enigma para los especialistas, que siguen buscando su sentido oculto.

LOS ASESINOS DE GALEAZZO: Giovanni Andrea Lampugnani, Girolamo Olgiati, Carlo Visconti y el humanista Cola Montano.

LOS CONSPIRADORES: el conde Girolamo y el cardenal Raffaele Riario, sobrino de Sixto IV; Francesco Salviati, arzobispo de Pisa;

Francesco y Jacopo Pazzi, miembros de la familia de banqueros rivales de los Medici; Gian Battista Montesecco, soldado del Papa; Lorenzo Giustini, capitán y señor de Città di Castello; Jacopo Bracciolini, humanista florentino; Marsilio Ficino, filósofo neoplatónico; Gian Francesco da Tolentino, capitán.

LOS ARTÍFICES DEL COMLOT CONTRA CICCIO: Roberto da Sanseverino, primo de Galeazzo Sforza y *condottiero*; Sforza Maria Sforza y Ludovico Sforza, los hermanos sobrevivientes de Galeazzo.

LA FAMILIA Y LOS ALIADOS DE CICCIO: Giovanni Simonetta, hermano de Ciccio e historiador de los Sforza; Gian Giacomo Simonetta, hijo de Ciccio y secretario del Senado secreto; Orfeo da Ricavo, consejero militar de Ciccio.

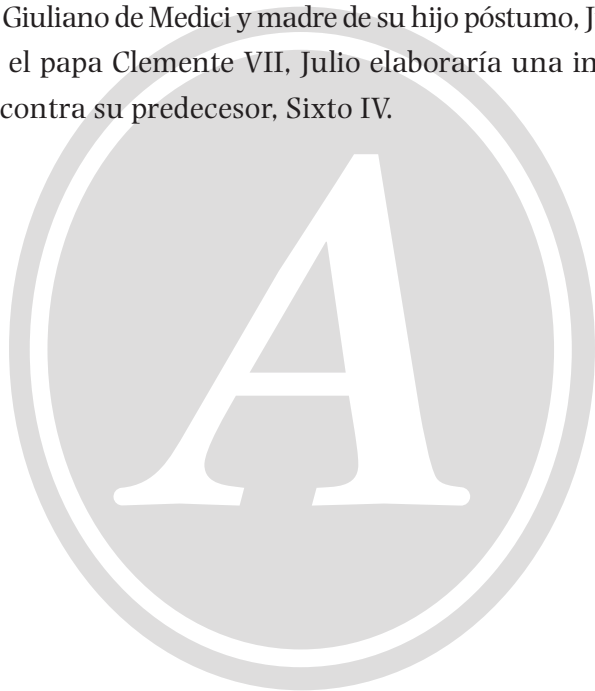
INFORMANTES Y ESPÍAS: Bernardino Corio, servidor de los Sforza e historiador milanés; Zaccaria Saggi, embajador de Mantua en Milán; Giovanni Santi, pintor de la corte de Urbino; Luigi Pulci, poeta y emisario florentino; Piero Felici, embajador de Montefeltro; Baccio Ugolini, poeta florentino y agente en Roma de Lorenzo de Medici; Giovanni di Carlo, monje e historiador; Luca Landucci, cronista florentino; Matteo Contugi, calígrafo oriundo de Volterra y espía en Urbino; Nicolás Maquiavelo, funcionario e historiador florentino.

OTRAS FIGURAS POLÍTICAS IMPORTANTES: Ludovico y Federico Gonzaga, marqués de Mantua; Alfonso de Aragón, hijo de Ferrante y duque de Calabria; Ottaviano Ubaldini, medio hermano de Federico; Ercole d'Este, duque de Ferrara; Roberto Malatesta, señor de Rímini.

MUJERES INFLUYENTES: Bona di Savoia, esposa de Galeazzo Sforza y duquesa de Milán; Lucia Marliani, una de las amantes de Galeazzo;

Elisabetta Visconti, esposa de Cicco Simonetta; Caterina Sforza, hija ilegítima de Galeazzo y esposa de Girolamo Riario; Battista Sforza da Montefeltro, esposa de Federico; Ippolita Sforza Aragón, hermana de Galeazzo y duquesa de Calabria; Eleonora Aragón d'Este, duquesa de Ferrara.

Finalmente, última figura pero no por ello menor, FIORETTA GORINI, amante de Giuliano de Medici y madre de su hijo póstumo, Julio. Convertido en el papa Clemente VII, Julio elaboraría una inesperada venganza contra su predecesor, Sixto IV.





# Prólogo

El 26 de abril de 1478, durante la misa dominical, Lorenzo de Medici y su hermano Giuliano, los jóvenes gobernantes de Florencia, fueron atacados en la Catedral Santa Maria del Fiore. Giuliano fue apuñalado diecinueve veces y murió en el acto, mientras Lorenzo, apenas herido, consiguió escapar al atentado. Los florentinos, leales a los Medici, reaccionaron violentamente masacrando a todos los atacantes que lograron atrapar.

Este audaz atentado, uno de los más tristemente célebres y sangrientos complots del Renacimiento italiano, se conoce como “la conspiración de los Pazzi”. Aunque los historiadores conocen desde siempre sus rasgos principales, la compleja verdad que se oculta detrás sigue siendo huidiza. Como su nombre sugiere, hasta ahora se la consideró simplemente como el resultado de una enemistad familiar entre los poderosos Medici y los Pazzi, los banqueros rivales que aspiraban a reemplazarlos en el gobierno de Florencia.

Este libro relata los años tormentosos que precedieron a la conspiración, sus entretelones y las repercusiones sobre los acontecimientos posteriores. Es un asunto en parte conocido y en parte nuevo, nunca contado en su totalidad. Los ingredientes que lo componen son amistad y traición, poder religioso y corrupción moral, lucha política y venganza artística.

En el centro de la historia, naturalmente, sobresalen los Medici: familia de banqueros, mecenas de las artes, poetas, políticos,

príncipes y papas. Si Lorenzo no hubiera sobrevivido, tal vez el talento de Miguel Ángel habría pasado inadvertido. Quizás algunas de las más preciadas pinturas, esculturas y palacios de la civilización occidental nunca habrían sido encargados y dos miembros de la familia de Lorenzo no habrían accedido al papado.

El duque de Urbino, cuyo perfil se hizo célebre gracias a los retratos de Piero della Francesca, da nombre a este libro por su papel central en la conspiración de los Pazzi. Como otros “hombres del Renacimiento” que los lectores encontrarán en estas páginas, y a pesar del retrato que muestra solo un lado de su cara, es un hombre de personalidad multiforme. Federico era un capitán mercenario, un estudioso apasionado de los clásicos y un generoso mecenas, pero también tenía un “lado oscuro”, que salió a la luz en su totalidad con el descubrimiento de una carta suya escrita en clave.

Cabría pensar que un período tan remoto ya no tiene secretos, pero en 2001 descubrí y descifré una carta con informaciones hasta entonces desconocidas y esenciales sobre la conspiración de los Pazzi. En síntesis, revela que Federico da Montefeltro, duque de Urbino, retratado durante siglos como el “faro de Italia” y humanista amigo de Lorenzo de Medici, era uno de los mandantes militares ocultos detrás de la conjura tramada para eliminar al señor de Florencia y a su hermano. El hallazgo podría modificar el modo en que acostumbramos mirar este momento clave en la historia italiana. La carta Montefeltro, escrita dos meses antes del atentado, demuestra que el complot era más vasto de lo pensado.

El “tercer hombre” en el centro de esta historia es aquel que me permitió descifrarla. Medio milenio más tarde, me intrigaron siempre las vicisitudes de mi lejano antepasado Cicco Simonetta, que sirvió a la poderosa familia Sforza durante unos cincuenta años, primero como canciller y más tarde como regente del

ducado milanés. Cicco, un hábil criptógrafo, era “hombre excelentísimo por su prudencia y su larga experiencia”, según la autorizada opinión de Maquiavelo.\*

La Italia del Renacimiento todavía no era una nación, sino un mosaico de ciudades-Estado.\*\* Distintas dinastías controlaban cada una de ellas, con diversos niveles de tiranía: los Sforza, en Milán y buena parte de Lombardía; los Medici, en Florencia y una vasta área de la Toscana; los Aragón, en Nápoles y todo el sur. La República de Venecia era una oligarquía gobernada por ricos y nobles mercaderes. Y Roma estaba bajo la eterna y siempre cambiante égida de las familias papales. En los Estados menores, las dinastías reinantes eran los Montefeltro, en Urbino; los Malatesta, en Rímimi; los Este, en Ferrara, y los Gonzaga, en Mantua. Los señores de estos últimos cuatro Estados, dada la extensión relativamente modesta de sus territorios, solían ser empleados como capitanes mercenarios, o *condottieri*, por potentados más ricos que ellos. El sistema de la *condotta* o contrato salvaguardaba el equilibrio político, impidiendo que las ambiciones nutridas por estos capitanes se transformaran en reales amenazas y manteniendo a la península italiana en una situación frágilmente pacífica: el sistema garantizaba que ningún Estado individual pudiera imponerse por sobre los demás.

Sin embargo, en diciembre de 1476 un acontecimiento imprevisto quebró el equilibrio de poder. El asesinato de Galeazzo

\* Nicolás Maquiavelo, *Historias florentinas* VIII, 18; cfr. *El príncipe* XXII. Véase Marcello Simonetta, *Rinascimento segreto: il mondo del Segretario da Petrarca a Machiavelli*, pp. 127 y ss.

\*\* Como introducción general a las ciudades-Estado italianas aún se puede leer provechosamente el clásico de Jacob Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia*, publicado en 1860.

Maria Sforza, duque de Milán y el principal aliado de los Medici, preparó el terreno para años de conspiraciones y contraconspiraciones políticas: oscuras maquinaciones y cambiantes alianzas que llevaron al ataque contra los Medici.

*El código Montefeltro* muestra también cómo las majestuosas obras de arte del Renacimiento se enlazan íntimamente con mezquinas intrigas políticas. El último capítulo se centra en la Capilla Sixtina, tal vez el ícono supremo de la Italia renacentista, erigida por uno de los antihéroes de este relato conspirativo, el papa Sixto IV. Cuando se camina hoy por la superpoblada Capilla no se puede sino admirar el poderoso cielorraso con el *Génesis*, y la aterradora pared del altar con el *Juicio Universal*. Estas dos obras maestras de Miguel Ángel concentran casi toda la atención de los visitantes, que solo al final dirigen la mirada hacia otras paredes pintadas al fresco por maestros del siglo xv como Sandro Botticelli, el pintor florentino por excelencia. ¿Y si Botticelli se hubiera tomado una enigmática venganza contra el Papa que contribuyó a causar la muerte de Giuliano de Medici?

¿Por qué hoy los lectores, sumergidos en un flujo de noticias tan rápido que las vuelve efímeras e irrelevantes, deberían interesarse en este pequeño fragmento de la historia? ¿Acaso no basta la “edad de la información” para mantenernos ocupados?

Las conjuras y guerras del Renacimiento, en las cuales el único modo de eliminar al enemigo era mediante el buen y viejo sistema del cuchillo o el veneno, empalidecen si se comparan con las de hoy...

Pero la mente humana funciona desde hace siglos del mismo modo. Hoy como entonces es posible matar a distancia: armando a otro y fingiendo no saber nada, o haciéndose amigo de las víctimas para deslizarse a sus espaldas y controlar si visten una coraza

bajo el jubón bordado. Dante lo sabía muy bien, y consideraba a los traidores violentos como la peor calaña de los pecadores, ubicándolos en el fondo de su “Infierno”.\* Un antepasado de Federico da Montefeltro, Guido, conocía profundamente aquellos “corazones de tiranos”. Un fragmento del monólogo que Dante pone en sus labios ilustra su desnuda y dura filosofía de engaño y muerte:

*Mientras tuve la carne y el hueso  
que mi madre me diera, fueron mis obras  
no de león, sino de zorro.*

*Disimulos y astucias,  
todos los supe, y con tantas artes  
que hasta el fin de la tierra mi fama recorría.*

Nicolás Maquiavelo tenía apenas nueve años en tiempos de la conspiración de los Pazzi. Fue testigo de la violencia desatada en las calles de Florencia, y probablemente la recordaba cuando recomendó en *El príncipe* que “es necesario saber bien usar la bestia y lo humano”,\*\* ser león y zorro al mismo tiempo y valerse de la fuerza y el engaño, cualidades indispensables del político sin escrúpulos.

Al escribir este libro tuve bien presentes los versos de Dante y las palabras de Maquiavelo. Contar una conspiración de hace cinco siglos es paradójico, dado que el principal objetivo de los conspiradores es permanecer en la sombra y destruir las pruebas, en un intento de evitar el peligro presente y el reproche póstumo.

\* “Infierno” XXVII, 73-78.

\*\* Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, XVII.

Sin embargo, esta historia, y la Historia en la que hunde sus raíces, es absolutamente verdadera e increíblemente bien documentada. Y la fama de sus héroes resuena aún hasta “el fin de la tierra”.



*Mentre ch'io forma fui d'ossa e di polpe  
che la madre mi dié, l'opere mie  
non furon leonine, ma di volpe.*

*Mientras tuve la carne y el hueso  
que mi madre me diera, fueron mis obras  
no de león, sino de zorro.*

A





PRIMERA PARTE

*Invierno 1476 - Primavera 1478*





## Muerte en Milán

Antes del advenimiento del señorío sforzesco, en 1450, Milán estaba bajo el dominio de los Visconti, que habían sido los enemigos más agresivos de Florencia. En los encendidos panfletos florentinos que circulaban a principios del siglo xv, los ataques contra la ciudad toscana eran estigmatizados como ataques a la libertad, mientras los Visconti justamente eran retratados como crueles tiranos.\* Pero cuando el *condottiero* Francesco Sforza se convirtió de pronto en duque de Milán y, en 1454, concretó la Paz de Lodi,\*\* comenzó la Edad de Oro del Renacimiento. Francesco ofreció protección militar a su viejo amigo Cosme de Medici a cambio de apoyo financiero. La sólida alianza entre Milán y Florencia aseguró un eje de relativa estabilidad a la inquieta península italiana, y favoreció el patrocinio de las artes y las letras, dando pie a la explosión de la creatividad artística y la cultura humanística.

Bajo el fundador de la dinastía sforzesca, Milán mantuvo el poder y ganó respetabilidad. Pero el hijo de Francesco, Galeazzo Maria, heredó los caprichos de los Visconti por línea materna más que la prudencia de los Sforza por línea paterna. Como escribió

\* Sobre las guerras de los Visconti contra Florencia, véase Baron, *La crisi del primo Rinascimento italiano*.

\*\* Véase Ilardi, "The Italian League, Francesco Sforza, and Charles VII (1454-1461)".

con elocuencia el poeta cortesano Antonio Cornazzano en *Del modo de regir y reinar*:\*

*Ah, cuántas veces el buen duque Francesco  
reprendió a un hijo suyo, que ya no existe,  
por sus actos crudos y en exceso violentos.  
“Bajó a ti el alma del duque Giovanni\*\*  
la tienes atravesada en las entrañas”,  
gritaba, y su profecía bien la acertara.  
Aprende de las acciones abyectas del duque Giovanni:  
a los perros echaba hombres vivos,  
ninguna otra presa le parecía tan buena.  
Pero en San Gotardo finalmente, en la sagrada iglesia,  
sus más fieles le dieron muerte  
y tuvo así el fin que a todo cruel llega.*

UN FRÍO DESPERTAR.

MILÁN, 26 DE DICIEMBRE DE 1476

El día en que lo matarían,\*\*\* Galeazzo Maria Sforza debía ir a la misa de Santo Stefano. En el onomástico del primer mártir

\* Antonio Cornazzano, *Del modo de regere et di regnare* (PML M. 731).

\*\* Giovanni Maria Visconti, duque de Milán, fue asesinado en 1412.

\*\*\* Muchos detalles de la reconstrucción en este capítulo proceden de la *Storia di Milano* de Corio (pp. 1398-1410), publicada por primera vez en 1503; Maquiavelo en su *Historia de Florencia* se basó en ella para su dramática evocación; el relato en primera persona es la carta de Orfeo da Ricavo a Sforza Bettini, Milán, 1º de enero de 1477 (ASFi, *Carte Strozziiane*, Serie I, 325, cc. 96-97), publicada en Casanova, *L'uccisione di Galeazzo Maria Sforza e alcuni documenti fiorentini* cfr. Belotti, *Il dramma di Girolamo Olgiati*; véase también Ilardi, *The Assassination of Galeazzo Maria Sforza and the Reaction of Italian Diplomacy*.

cristiano, el duque de Milán quería celebrar la ocasión con la pompa apropiada. Se probó una coraza metálica, pero le pareció que lo hacía parecer demasiado grueso. Eligió entonces un elegante traje de raso carmesí forrado en piel. Se puso en la pierna izquierda una calza rojo oscuro y en la derecha una blanca: los colores de los Sforza. Mientras vestía su cuerpo atlético y lampiño (le gustaba rasurarse al modo de los antiguos romanos), en su dormitorio situado en el corazón del imponente Castillo Sforzesco aún ardían las llamas en la chimenea, reduciendo a cenizas el tronco navideño.

Bernardino Corio, que era entonces ayuda de cámara y fue testigo y cronista de aquellos acontecimientos, nos informa que desde que un misterioso incendio había quemado una parte de su dormitorio el duque se había vuelto supersticioso: tenía la corazonada\* de que no sería buena idea ir a Milán y por eso prefería pasar la mayor parte del tiempo lejos de la ciudad, en alguna de sus villas campestres o en expediciones de caza. El temor había aumentado después de un incidente posterior al incendio. Un día, mientras cabalgaba por los campos cerca de Abbiategrasso, había divisado tres cuervos que volaban sobre su cabeza. Lo había tomado como mal agüero, lanzándoles en vano un par de disparos de ballesta. Luego, poniendo la mano sobre el arzón de su silla de montar, había declarado que no volvería nunca más a la ciudad.

Pero el voluble duque pronto cambió de opinión. Galeazzo amaba su coro, y frente a las inminentes festividades no veía la hora de escuchar la música interpretada por sus treinta cantores borgoñones y alemanes, generosamente retribuidos por su servicio. Al volver a Milán había sido recibido por miradas que apenas

\* Corio, pp. 1398 y ss.

ocultaban el resentimiento de los feudatarios y cortesanos que habían ido a homenajearlo a desgano, porque no había distribuido el habitual dinero y regalos de Navidad.

El duque fue derecho al castillo. Bajo el cielorraso rojo de la Sala de las Colombinas brindó un improvisado discurso sobre la suerte de los Sforza: aunque no hubiera sido un “señor”, dijo, habría sabido vivir con magnificencia. El duque, de treinta y cinco años, afirmó que hubiera deseado que viviera su padre, Francesco, para ver cómo él y sus hermanos estaban dando excelente prueba de sí mismos. La Casa sforzesca, siguió jactándose, gobernaría durante siglos, gracias a su abundancia de herederos varones. También elogió a sus hijas ilegítimas, dos de las cuales ya estaban casadas con otros poderosos señores.

Tener una prole numerosa era, efectivamente, una de las formas de consolidar el poder en el Renacimiento. Se decía que el padre de Galeazzo, Francesco Sforza, había tenido no menos de treinta y cinco hijos, de los cuales solo diez eran legítimos. El “príncipe de las virtudes” Francesco, como lo llamó Nicolás Maquiavelo en *El príncipe*, se había elevado de las durezas de la vida de un *condottiero* asalariado a las alturas del ducado más rico de Italia. Y cuando Francesco murió, en 1466, su primogénito Galeazzo había heredado el poder, pero no era particularmente apto para conservarlo o ejercer la virtud. El nuevo duque era odiado por la mayoría de sus súbditos por una larga serie de defectos. Incapaz de controlar sus violentos apetitos sexuales, asediaba a las mujeres más hermosas del ducado sin tener siquiera escrúpulos en visitar de noche los conventos para aterrorizar y, de vez en cuando, violar a las monjas.

Al celebrar la suerte familiar, sin embargo, no hizo una referencia específica a sus dos hermanos menores, Sforza Maria y Ludovico, que habían sido desterrados a Francia. En junio de 1476 aquellos dos exaltados se habían involucrado en un fallido

atentado para eliminar al duque. El estilo egocéntrico y decadente de Galeazzo había causado descontento en mucha gente, y no solo entre los miembros de su círculo familiar.

Tras pronunciar su discurso en la Sala de las Colombinas, permaneció insólitamente tranquilo, y el día de Navidad no se entregó a sus distracciones habituales: no jugó a la pelota en el recinto cerrado expresamente construido para él, ni participó en la cacería con halcones. Había evitado a su mujer, la duquesa Bona di Savoia, que dormía en una habitación separada: desde hacía tiempo Galeazzo había perdido casi todo interés en compartir el lecho con ella, que luego de su casamiento ocho años antes se había redondeado demasiado rápido y había impulsado a su marido a satisfacer en otros lugares sus vigorosos apetitos. El duque había pasado buena parte de su vida adulta como una prolongación de la adolescencia, errando inquieto en el norte de Italia a la caza no solo de mujeres, sino también de animales y bellos muchachos; a veces jugando al soldado o visitando a sus aliados, sobre todo los pudientes florentinos.

Galeazzo había estado en Florencia por primera vez en 1459, cuando tenía quince años. Era entonces conde de Pavía y su padre Francesco, duque de Milán y estrecho aliado de Cosme de Medici, quería homenajear al banquero florentino que había apoyado financieramente su ascenso al poder. “Todo el papel y la tinta de la Toscana”, como había escrito Galeazzo a su padre, quien seguía sus progresos desde Milán, no bastarían para describir la opulencia de la gente que aclamaba al visitante en las calles, o la armonía de los edificios, como la maravillosa Catedral o el austero Palacio de la Señoría, sede del gobierno, con su torre amenazante. “Florencia es el paraíso”, había exclamado pleno de admiración.\*

\* Galeazzo Maria Sforza a Francesco Sforza, Florencia, 17 de abril de 1459

Desde entonces, el joven Sforza se había empeñado en competir con sus aliados Medici en materia de gusto y moda, temas en los que eran universalmente considerados árbitros y maestros. Con el pretexto de un voto religioso, Galeazzo había vuelto a Florencia en 1471 con un séquito de dos mil personas, gastando doscientos mil ducados y vaciando casi por completo las arcas de su tesoro. Como señalaría luego Maquiavelo, la visita de Galeazzo a Florencia había sido durante la Cuaresma, y los miembros de la comitiva sforzesca prestaron atención a comer solamente carne.\* En su retrato del dandy Galeazzo, el pintor florentino Piero Pollaiuolo\*\* representa con fidelidad la atmósfera de corrupción aportada a la ciudad con el arribo del príncipe milanés: la expresión libidinosa del joven duque, tomado de tres cuartos mientras juega distraídamente con un guante, es muy elocuente. Lorenzo de Medici colgó esta obra en su dormitorio, tal vez para recordarse a sí mismo aquello en lo que no quería convertirse.

Así, en su último día, Galeazzo no veía la hora de escuchar los cantos del coro ducal. Se deleitaba al pensar en aquellos hermosos jóvenes de encantadora voz, acompañados por extraordinarios músicos.\*\*\* Ya habían sido enviados a la iglesia de Santo Stefano y era demasiado tarde para llamarlos al castillo. Aún indeciso sobre si debía ir a misa, Galeazzo había consultado también con Cicco Simonetta, que había servido a Francesco durante casi medio

(Simonetta, *Rinascimento segreto*, p. 118). Sobre Galeazzo, es rica en informaciones la obra de Lubkin, *A Renaissance Court*.

\* Sobre la visita de 1471: Maquiavelo, *Historias florentinas* VII, 28. Cfr. Giovanni di Carlo 118v-119v.

\*\* Wright, "A Portrait of the Visit of Galeazzo Maria Sforza to Florence in 1471" y *The Pollaiuolo Brothers: the Arts of Florence and Rome*; cfr. Strehlke, *Li magistri con li discepoli*, p. 14.

\*\*\* Welch, "Sight, Sound and Ceremony in the Chapel of Galeazzo Maria Sforza".



siglo y había sido el primer secretario de Galeazzo, su ayudante de mayor confianza en la última década. Corpulento y de tez oscura, en torno a los sesenta y siete años, su figura contrastaba con la del esbelto Galeazzo. Cicco había intentado disuadir al duque de la idea de salir del castillo. Junto con otros consejeros ducales, había dicho a Galeazzo que “era malo ir a pie y peor a caballo” en una mañana de “frío tan extremo”.\* Pero reiterando que la gente se preguntaría por qué había ido a la ciudad sin dejarse ver por la iglesia, el duque tomó su decisión definitiva: iría a misa.

Llamó a sus hijos, Gian Galeazzo, de siete años, y Ermes, de seis, y los sentó en el alféizar de una ventana, desde donde podía verse el blanco paisaje invernal. Abrazó y besó a los niños, reticente a separarse de ellos.\*\* Un nutrido cortejo, a caballo y a pie, esperaba a Galeazzo en el vasto patio del castillo, bajo las altas torres de vigilancia. El duque salió del brazo con su embajador preferido, el enviado mantuano Zaccaria Saggi da Pisa.\*\*\* Aterido de frío montó en su caballo, seguido por la comitiva que cabalgaba

\* Casanova, “L’uccisione di Galeazzo Maria Sforza e alcuni documenti fiorentini”, p. 304.

\*\* El emotivo detalle del adiós de Galeazzo a sus hijos procede de Maquiavelo, *Historias florentinas* VII, 34. Sospecho que Maquiavelo había escuchado esta historia narrada por Ermes Sforza, que visitó Florencia en 1503, cuando Maquiavelo era secretario de la República.

\*\*\* Zaccaria había estudiado con el marqués Ludovico Gonzaga y Federico da Montefeltro en la Cà Zoiosa de Vittorino da Feltre. Era tan querido en la corte mantuana que fue retratado en la Cámara de los Esposos de Mantegna (Simonetta, *Rinascimento segreto*, p. 111). Fue embajador en Milán durante muchos años; véanse sus numerosos despachos en el *Carteggio degli oratori mantovani*; en particular sobre el asesinato de Galeazzo, Zaccaria Saggi a Ludovico Gonzaga, Milán, 26 de diciembre de 1476 (en Belotti, *Il dramma di Girolamo Olgiati*, pp. 186-87). Pero D’Adda, en “La morte di Galeazzo Maria Sforza”, p. 287, cita otro relato de un testigo ocular según el cual Zaccaria huyó atemorizado.

con él sobre la nieve. Había poca gente para saludar, en las calles heladas, el paso del duque, rodeado por guardaespaldas armados. El cortejo atravesó la plaza frente a la Catedral.

Pocos pasos a la derecha estaba su meta. La fachada de la “bendita iglesia”<sup>\*</sup> de Santo Stefano no era grande, pero tenía cierta elegancia gótica. El portal se mantenía semiabierto; adentro debía de estar más cálido. El duque se bajó nervioso del caballo. Los dignatarios y embajadores entraron primero en la iglesia, con Galeazzo en el medio, seguido por dos hermanos, el manso Felipe y el más joven Ottaviano, además del secretario ducal Giovanni Simonetta, que hablaba con el consejero militar de su hermano Cicco, Orfeo da Ricavo. El eco del coro desde el ábside se hacía más fuerte. Los guardaespaldas, de brillante armadura, abrieron con sus espadas un pasaje para el duque y los caballeros que lo acompañaban. Galeazzo empezó a recorrer la nave central y se detuvo a mirar la hoguera de las vanidades: “*Sic transit gloria mundi!*”.

Mientras el duque avanzaba hacia el altar, tres hombres se adelantaron de improviso. Todos vestían del mismo modo, de rojo vivo y blanco: los colores de Bruto. “¡Abran paso!”,<sup>\*\*</sup> gritaron como para liberar el paso al duque. Uno de ellos se acercó más, con aire de querer preguntarle algo a Galeazzo, quien le hizo un gesto impaciente para que se alejara. El hombre dejó resbalar un cuchillo desde el interior de la manga izquierda y apuñaló a Galeazzo bajo el abdomen. Cuando Zaccaria, el embajador mantuano, intentó empujarlo, el atacante se lanzó de nuevo, esta vez hundiendo el cuchillo en el pecho del duque.

\* Casanova, “L’uccisione di Galeazzo Maria Sforza e alcuni documenti fiorentini”, p. 304.

\*\* Santi, *La vita e le gesta di Federico di Montefeltro duca d’Urbino*, p. 463.

“Estoy muerto”,\* susurró Galeazzo mientras recibía otra herida en el estómago. Luego se adelantaron dos hombres más, infligiéndole varias cuchilladas en rápida sucesión: en la cabeza, en la muñeca y en la espalda. Galeazzo retrocedió y cayó casi sobre el pecho de Orfeo da Ricavo, que intentó socorrerlo, pero no logró sostenerlo. El duque se acuclilló, cayendo de rodillas, y luego se derrumbó sobre el pavimento exhalando su último suspiro. La ropa carmesí, antes en parte blanca, estaba ahora empapada en oscura sangre roja.

Los asesinos intentaron huir. Un moro alto, leal servidor de Galeazzo, corrió detrás de uno de ellos, que había subido al gineceo. El fugitivo tropezó con los voluminosos vestidos de las mujeres y cayó. El moro lo aferró y lo degolló, entre los gritos de las damas aterrorizadas. Otros guardias capturaron y mataron allí mismo al segundo asesino, pero el tercero se desvaneció entre la multitud.

Así mataron a Galeazzo Maria Sforza, duque de Milán. Su breve vida y su imprevista muerte plantean algunas cuestiones fascinantes. ¿Era realmente el corrupto tirano y predador sexual que describen numerosos testigos e historiadores? Y si lo era, ¿cómo podía soportarlo Cicco, que trabajó para él durante una década después de la muerte de Francesco, acontecida en 1466? ¿Era corrupto también él? ¿O podría haber inducido al joven príncipe, al que conocía desde su nacimiento, a un mejor comportamiento y a un gobierno más eficiente? Sin duda, tanto el padre como el hijo causaban un violento resentimiento, en especial entre los

\* Casanova, “L’uccisione di Galeazzo Maria Sforza e alcuni documenti fiorentini”, p. 305; cfr. también otras fuentes, como Parenti, *Storia fiorentina 1476-78 – 1492-96*.

miembros de la vieja nobleza de Milán, que los veía como forasteros usurpadores.

Cicco era de origen humilde. Había nacido en 1410 en Caccuri, un pequeño feudo cerca de Crotone, que se convirtió en propiedad de Francesco Sforza cuando se casó en primeras nupcias con Polissena Ruffo di Calabria. De joven, Cicco había estudiado Derecho Civil y Canónico en el cercano monasterio de Rossano, un vivaz centro de cultura cristiana católica y ortodoxa donde aprendió rápidamente latín y griego. Hacia 1430, a través de su tío, el agente sforzesco Angelo Simonetta, el veinteañero Cicco entró al servicio de Francesco Sforza, entonces capitán mercenario, como aprendiz de su “cancillería” itinerante. La carrera militar durante el Renacimiento era dura, pero potencialmente rica en recompensas para los capitanes hábiles y ambiciosos. Una vez demostrada su habilidad estratégica en el campo de batalla, los *condottieri* podían poner sus servicios en venta al mejor postor. La mayoría de las potencias italianas no tenían ejércitos de conscriptos: se les pagaba a mercenarios para combatir, pero también para que permanecieran tranquilos y evitaran lanzar sus tropas contra ciudades y pueblos sin defensa. Los *condottieri* más famosos eran capaces de mejorar considerablemente su posición, como había hecho Francesco Sforza. Cuando en marzo de 1450, después de haber asediado la ciudad durante meses y haber hambreado a la población de Milán, finalmente fue aclamado como duque, eligió a Cicco Simonetta, su leal segundo durante veinte años, como canciller de Estado.

Al servicio del duque Francesco Sforza, Cicco se convirtió en un hombre de espada, al tiempo que afilaba la lengua y la pluma. Apenas Galeazzo, el primogénito del duque, quedó huérfano, Cicco y su hermano Giovanni, que luego sería el biógrafo de Francesco, dieron una suerte de educación de Estado al joven

heredero. La paternal aunque respetuosa relación de Cicco con Galeazzo surge de sus diarios, en los que registró minuciosamente todas las actividades cortesanas, excluyendo los secretos diplomáticos. Pero los archivos revelan una historia más compleja que este memorial parcial y autocensurado. El embajador mantuano Zaccaria Saggi, que estaba junto con Galeazzo cuando entró en Santo Stefano e intentó alejar a su asesino, describió una vez a Cicco como “un excelente escudo”<sup>\*</sup> contra la impetuosa naturaleza del duque. El canciller resistía los estallidos de ira de su señor y postergaba, en lugar de ejecutar de inmediato, las decisiones apresuradas de Galeazzo, de modo que “si dieran algún buen fruto, sin duda es él la causa principal”. Por ejemplo, al agente ducal en Bolonia, que quería denunciar a judíos con afirmaciones falsas para confiscarles las propiedades, Cicco le replicó que “son cosas turbias que no agradan”.<sup>\*\*</sup> Si la respuesta había sido dictada por el duque, el lenguaje era el del canciller. Sin embargo, es cierto también que bajo el gobierno de Galeazzo algunos ciudadanos pudientes y poetas charlatanes fueron puestos en prisión bajo discutibles acusaciones, con el objetivo de vaciarles los bolsillos o simplemente cerrarles el pico.

En el momento de la muerte de Galeazzo, Cicco asumió el control total de la policía en el ducado. No hizo falta mucho tiempo antes de que fuera capturado el tercer y único conspirador sobreviviente, Girolamo Olgiati, el retoño de veintitrés años de una buena familia de Milán. El padre de Girolamo, anonadado por la acción de su hijo, le había negado auxilio, pero su madre lo había

\* Zaccaria Saggi a Ludovico Gonzaga, Cremona, 21 de agosto de 1471 (*Carteggio VIII*, p. 550).

\*\* Cicco Simonetta a Gerardo Cerruti, Milán, 13 de febrero de 1473 (ASMi PE Romagna 178; cfr. Simonetta, *Rinascimento segreto*, p. 123).

hecho esconder en la casa de un cura amigo. Dos siervos de la familia Olgiati habían intentado defender al joven: capturados, fueron torturados y descuartizados.

Según todos los relatos de su tiempo, Girolamo Olgiati era “muy literato y docto”. \* Sostenía que él y sus amigos querían emular a los antiguos romanos, y liberar a la ciudad matando al tirano, con la esperanza de provocar una revuelta popular. La reconstrucción del complot contra Galeazzo se basa en gran parte en la confesión de Girolamo. Este documento, escrito en un latín exaltado pero no exento de elegancia, nos permite dar un vistazo a la cabeza de un “terrorista”. Embebido de admiración por los antiguos autores antitiránicos, Girolamo había escapado de su casa diez años antes, con solo trece años, para seguir a su maestro Cola Montano, un humanista que había sido acusado de violación y azotado en público por orden de Galeazzo. No está claro si fue precisamente él quien planificó el ataque contra el duque. Lo cierto es que Cola era responsable de haber transformado una mente inmadura e impresionable en un tiranicida émulo de sus mitos literarios. En su confesión, Girolamo había citado con orgullo dos epigramas de su composición: uno sobre Galeazzo (“*Quem non armatae potuerunt mille phalanges...*”, “lo que mil falanges armadas no pudieron...”)\*\* y el otro sobre Giovanni Andrea Lampugnani, el líder del trío de homicidas que fue asesinado en la iglesia y cuyo cadáver arrastró por las calles el pueblo milanés durante días, antes de ser entregado como pasto a los cerdos.

\* Casanova, “L’uccisione di Galeazzo Maria Sforza e alcuni documenti fiorentini”, p. 306.

\*\* Corio, p. 1407; cfr. D’Adda, “La morte di Galeazzo Maria Sforza”, pp. 286-87. Sobre Olgiati y Lampugnani, cfr. Belotti, *Il dramma di Girolamo Olgiati*.

Es interesante notar que Girolamo temía más ser olvidado que sufrir el mismo destino de Lampugnani. Como muchos fanáticos, era un hombre de un solo maestro. Había estudiado hasta la náusea *La conjuración de Catilina* de Salustio, el manual clásico de los conspiradores, un texto del que emana al mismo tiempo repulsión y cierta fascinación por el tiranicidio. Girolamo, en efecto, estaba tan obsesionado por la herencia de Catilina como para decir, antes de que el verdugo comenzara a cortar en pedazos su cuerpo inerme: “Ten fuerza, Girolamo, el recuerdo de tu acción durará largamente. La muerte es amarga, pero la fama es perpetua”.\*

Palabras orgullosas, que nutrirían el mito romántico del rebelde durante los siglos por venir. ¿Cuáles eran las motivaciones de los conjurados? Girolamo parece haber sido el único involucrado por genuinas razones ideológicas. Los otros dos tenían resentimientos personales y políticos contra el duque. Tanto Giovanni Andrea Lampugnani como Carlo Visconti eran cortesanos insatisfechos. La hermana de Visconti, se decía, había sido violada por Galeazzo, que luego la había pasado a un jovencito de su entorno. Al parecer, también la mujer de Lampugnani había sido víctima de los apetitos de Sforza.

Lampugnani nutría tal vez otra fuente de rencor contra Galeazzo: pocos días antes del homicidio había dicho estar dispuesto a todo para que el duque interviniera en la resolución de una mezquina disputa sobre algunas posesiones. Sin embargo, la animosidad de Lampugnani contra Galeazzo no parece proporcional a las ofensas que sostenía haber recibido del duque. “Todo fue inducido –comentó Orfeo da Ricavo– por aquel traidor

\* Corio, p. 1408.

de Giovanni Andrea, que era malvado, maligno, soberbio, colérico, perverso y de la peor naturaleza y condición jamás nacida”.\*

Aunque parecen acusaciones construidas *post factum*, la vívida descripción de Lampugnani sobre Girolamo nos da una medida de su rabia: armado con cuchillos, solía atacar un muñeco de madera del duque vestido de brocado de oro, cargándolo con la furia de un toro. Si esta anécdota suena más o menos cierta, igualmente verdaderos parecen los detalles del sangriento pacto registrado en la confesión: los tres conjurados fueron hacia un altar, donde bañaron la hostia con su sangre antes de cortarla en sendos pedazos y obligar al sacerdote a suministrársela.

Por lo tanto, los asesinos no estaban motivados solo por pura pasión homicida. Como los más fanáticos vengadores, cada uno de ellos estaba convencido de haber sido elegido de algún modo para una misión importantísima, cuando no sagrada. Habían jurado masacrar a Galeazzo frente a la estatua de san Ambrosio, el patrono de Milán, rogándole ser “favorable a esta nuestra empresa” y demostrar, “favoreciendo la justicia, que te disgusta la injusticia”.\*\* La elección de una iglesia como la de Santo Stefano para el homicidio era además una necesidad: el duque estaba rodeado por guardaespaldas dondequiera que fuese, y hubiera sido casi imposible agredirlo por la calle o en público, en tanto en el lugar sagrado, entre la multitud, sería más fácil acercársele.

Los hermanos exiliados de Galeazzo, Sforza Maria y Ludovico, partieron de Francia a principios de enero de 1477, no bien fueron informados sobre la muerte del duque, pero no llegaron a

\* Casanova, “L’uccisione di Galeazzo Maria Sforza e alcuni documenti fiorentini”, p. 307.

\*\* Maquiavelo, *Historias florentinas* VII, 34; véase también Frazier, *Possible Lives*, p. 151.



Milán hasta fin de mes. Había poco tiempo para arreglar las cosas antes del regreso de los hermanos renegados, y si había alguien que contaba con más informaciones que los demás sobre las ramificaciones secretas del homicidio milanés, era Cicco Simonetta, quien prudentemente las mantuvo para sí, ignorando indicios que llevaban hasta la corte del rey de Francia. Como persona pragmática que era, su principal preocupación en ese punto consistía en mantener el orden en el ducado, tarea en la que obtuvo indiscutibles resultados, guiando con mano calma a la atemorizada duquesa Bona a través de los caóticos momentos que siguieron a la muerte de su marido.

Si el cuerpo inerme de Giovanni Andrea había corrido una bárbara suerte (su mano derecha fue clavada sobre una columna, donde fue quemada), los otros conjurados no tuvieron mejor destino. Sus cabezas fueron expuestas sobre la torre del Broletto, mientras algunos de sus miembros fueron colgados de las puertas de la ciudad. Estas advertencias contra la rebelión eran más bien elocuentes. Las ejecuciones públicas y el espectáculo de los cuerpos desmembrados sirvieron para apaciguar al pueblo inquieto, así como algunos oportunos recortes de impuestos decididos por Cicco.\*

El cadáver de Galeazzo fue abandonado sobre el frío pavimento de Santo Stefano durante la noche, ya que nadie había osado volver a las calles después del ocaso. Se celebró un apresurado funeral, con una misa en la Catedral. La imprevista muerte del duque planteaba un sutil problema teológico, ya que no había tenido modo de confesar sus pecados. La duquesa Bona dio

\* Cfr. Belotti, *Il dramma di Girolamo Olgiati*, p. 154, carta de Cicco del 8 de enero de 1477, para fijar un justo precio al trigo.

muestra de tardía devoción para salvar el alma de Galeazzo, dirigiendo un desesperado llamado al papa Sixto IV para que le concediera a su marido una absolución póstuma. La lista de pecados del finado, que se incluye en su solicitud de perdón, sin duda explica la urgencia: actuar como un tirano; hacer la guerra justa e injustamente; saquear ciudades sin misericordia; robo; extorsión; omisión de justicia; injusticia activamente cometida; establecimiento ilegal de impuestos también sobre miembros del clero; adulterio; violación de vírgenes y de mujeres ajenas; frecuentación de prostitutas; escandalosas simonías y muchas otras transgresiones, demasiado numerosas como para citarlas todas. Por su parte, Bona prometió orar por Galeazzo Maria hasta que su alma infeliz emergiera del Purgatorio, purificada para su ingreso en el Paraíso. La duquesa también financiaría monasterios y hospitales, ofreciendo dotes para jóvenes y vírgenes pobres. Aparentemente, el Papa concedió la absolución.\*

La viuda no era la única mujer en preocuparse por la vida de Galeazzo en el más allá. Bernardino Corio nos informa, entre muchos otros sabrosos detalles, que algunas de las amantes de Galeazzo –cuyos nombres se callan discretamente– habían sido convocadas a la misa fúnebre por el duque en la Catedral. Pese a la reticencia de Corio, es más que probable que entre ellas estuviera Lucia Marliani,\*\* el amor de los últimos dos años de vida de Galeazzo, quien había sido nombrada condesa de Melzo y de

\* Sobre el llamado de Bona, véase Breisach, *Caterina Sforza*, p. 26; cfr. Bona di Savoia a Celso Maffei, Milán, principios de enero de 1477 (BNP It. 1592, 95-96; véase también el debate teológico, BNP It. 1592, 97, documentos publicados en Pasolini, *Caterina Sforza*, vol. III, pp. 30-32).

\*\* Sobre su presunto papel en el sepelio de Galeazzo, cfr. Vaglianti, *Anatomia di una congiura*; sobre la intrigante figura de Lucia, véase la novela histórica de Malinverni, *Una storia del Quattrocento*.

Gorgonzola y estaba embarazada del duque cuando fue asesinado. Un macabro misterio rodea su papel en la sepultura. En 2001, un equipo de científicos forenses examinó el cráneo hallado en la iglesia de San Andrés de Melzo, durante los trabajos de refacción del área del presbiterio. La antigüedad presunta y las perforaciones provocadas por armas contundentes parecen sugerir que se trata precisamente del cráneo de Galeazzo. Es posible que Lucia haya logrado transportar un recuerdo “romántico” de su amante desde la tumba provisoria en la Catedral, colocándolo en la iglesia de su feudo. Pero esto sería la base más de una novela que de un ensayo histórico.

Aquel 26 de diciembre, la duquesa, por fortuna para ella, se había levantado tarde porque, según Corio, había tenido horribles pesadillas, que la afligían ahora también estando despierta. Bona, bien consciente de su incompetencia en materia de Estado y en ausencia de su infiel marido, pasaba la mayor parte del tiempo en cama con Antonio Tassino, un servidor ferrarés que, como observó secamente Maquiavelo, bien debía tener “una secreta virtud”.\* Por lo tanto, a la muerte del duque la duquesa se entregó al Consejo Secreto, una asamblea de cortesanos normalmente compuesta solo por nobles milaneses. Con Galeazzo, los asuntos de gobierno habían sido administrados de hecho por la cancillería de Cicco y sus más cercanos colaboradores, pero tras los trágicos acontecimientos este último puso en práctica una reforma inmediata del Consejo Secreto, nombrándose a sí mismo, a su hermano Giovanni y a su consejero militar, Orfeo da

\* Maquiavelo, *Historias florentinas* VIII, 18; Simonetta, *Rinascimento segreto*, p. 161.

Ricavo, como miembros más influyentes. Su primogénito, Gian Giacomo, se convirtió en el secretario. Fue él quien preparó el documento fundamental, fechado el 30 de diciembre de 1476, que le daba plenos poderes administrativos.\* Escrito en nombre de la duquesa, se dirigía a los miembros del Consejo Secreto, ahora promovido a Senado Secreto, en una solemne autocelebración de las prerrogativas del propio Consejo. El objetivo del gobierno era “conservar el estilo de nuestro ilustrísimo *quondam* consorte, porque llamar siempre a todos [los miembros de la nobleza de Milán] sería demasiado”, estableciendo *de facto* un régimen estrictamente oligárquico. El Senado proclamó una amnistía general para los procesos en curso y mostró clemencia por los criminales comunes (exceptuando los rebeldes políticos). Promulgó también estrechas medidas preventivas contra potenciales conjurados: se prohibían las reuniones en casas particulares en nombre del orden público y por respeto al luto de la duquesa. Desde ese momento, Cicco se convirtió en el regente efectivo del ducado de Milán.

Ahora los milaneses estaban tranquilos, satisfechos de su nuevo y benévolo gobierno. Pero las amenazas contra el *statu quo* restablecido vendrían del interior mismo de la dinastía gobernante. Roberto da Sanseverino, primo de Galeazzo, era desde hacía años uno de los personajes más influyentes en la corte sforzesca. Capitán hábil y valiente, además de personaje más bien temerario, había luchado en muchas guerras como mercenario y también había peregrinado a Jerusalén para purificar su alma.

\* Bona di Savoia al Senado Secreto, Milán, 30 de diciembre de 1476 (ASMi 932; *Lettere* II, 249-50); cfr. Fubini, “Osservazioni e documenti sulla crisi del ducato di Milano nel 1477, e sulla riforma del Consiglio Segreto ducale di Bona Sforza”; véase también Simonetta, *Rinascimento segreto*, pp. 157-158. Sobre Gian Giacomo Simonetta, véase *ibid.*, pp. 135-36.

Debido a enfrentamientos personales con el duque, se había trasladado a Bolonia, la ciudad donde Cola Montano –la “mente maestra” que había inspirado a Girolamo Olgiati y su banda– vivía sin ser perturbado. Apenas supo de los acontecimientos de San Esteban, Roberto cabalgó a toda prisa hacia Milán. Estaba particularmente irritado por el hecho de que un canciller de humilde origen como Cicco viviera dentro del castillo, y se hubiera mudado incluso a los apartamentos privados de Galeazzo\* por “razones de seguridad”. Eran de esperar otros atentados en Milán.



\* Zaccaria Saggi a Ludovico Gonzaga, Milán, 31 de enero de 1477 (ASMa b. 1626).